

Thomas Bernhard

# En busca de la verdad

*Discursos, cartas de lector, entrevistas, artículos*

Editado por Wolfram Bayer, Raimund Fellingner y Martin Huber

Traducido del alemán por Miguel Sáenz

Alianza Editorial

Título original: *Der Wahrheit auf der Spur*

*Reservados todos los derechos.*

*El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

© Suhrkamp Verlag Berlin, 2011

*Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag Berlin*

© de la traducción: Miguel Sáenz Sagaseta, 2014

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014

*Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88*

*www.alianzaeditorial.es*

*ISBN: 978-84-206-9162-6*

*Depósito legal: M. 19.134-2012*

*Printed in Spain*

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## *Índice*

- 11 Jean-Arthur Rimbaud
- 23 La obra de Josef Weinheber
- 27 De soles negros y temperamento ardiente
- 31 Salzburgo: Kokoschka y Manzù
- 33 Salzburgo aguarda una obra de teatro
- 37 Unas palabras para jóvenes escritores
- 41 Los poetas hablan de Georg Trakl
- 43 Jóvenes cabezas. Thomas Bernhard
- 45 Teatro en la Tonhof
- 47 ¿Por qué solo dos bofetadas?...
- 49 Con la claridad aumenta el frío
- 53 Devoción política matutina
- 61 La inmortalidad es imposible
- 71 El pasado está por investigar
- 87 Por favor, haga que critique...
- 89 Respetado señor ministro, respetado público...
- 91 Tras la pista de la verdad y de la muerte
- 101 En Austria no ha cambiado nada
- 105 No terminar nunca ni nada

- 109 Grand Hotel Imperial Dubrovnik
- 111 Bernhard telegrafía a Kaut
- 113 Desde Lisboa...
- 115 Ayer en Augsburgo: Bernhard visita el *AZ*
- 119 Thomas Bernhard: «No necesito los festivales»
- 123 «De la nata batida no sale nada»
- 137 Bernhard Minetti
- 139 Habla Thomas Bernhard
- 143 Escritor hoy
- 145 «Un tipo destructivo y horrible»
- 149 Las experiencias en Lisboa de Thomas Bernhard
- 151 Mañana Salzburgo
- 165 ¿No es ya el teatro lo que era?
- 171 Los galardonados con el Premio de Literatura de Bremen contestan a tres preguntas
- 173 Distinguida concurrencia...
- 175 Sobre caza de brujas...
- 177 Sobre el Día Nacional de Austria de 1977
- 181 Todo es en el fondo una broma
- 195 Lleno el vacío con frases
- 199 Distinguida señora Annelore Lucan-Stood...
- 201 El bosque es grande, la oscuridad también
- 217 Thomas Bernhard: Carta a *DIE ZEIT*
- 219 Querido *ZEIT*...
- 221 Al presidente de la Academia...
- 223 Querido Peymann, gran duque de las Bambalinas...
- 225 Sobre mi dimisión

- 229 Podría matar a alguien sobre el papel  
249 Distinguido señor Ruiss...  
253 El socialista de salón jubilado  
259 Distinguido señor Ruiss...  
261 Pomposidad  
263 Miembros del Partido Socialista de Austria...  
265 ¿Manía persecutoria?  
269 Yo y mi obra...  
271 Todos los hombres son monstruos en cuanto  
se quitan la coraza  
279 Tengo prácticamente a todos más bien en  
contra  
283 Prohibición  
285 Escrito de alegaciones de Bernhard en el  
procedimiento judicial vienés sobre el asunto  
*Tala*  
291 No soy un autor escandaloso  
295 Apenas regresado del extranjero...  
297 Vranitzky. Una contestación  
301 Respuesta  
303 «De tumba de honor en tumba de honor»  
307 Estimado doctor Temnitschka...  
309 Mi contribución para luchar contra la  
inflación de catedráticos...  
311 La gente que quiere entablar conversación me  
resulta sospechosa  
335 Querido Claus Peymann...  
337 De catástrofe en catástrofe  
353 ... aunque solo como bajo principal

- 357 Bernhard contra Europalia
- 361 Muy estimado señor ministro federal...
- 365 Mi Austria feliz
- 375 Un tranvía es una joya
  
- 377 Anexo
- 421 Nota de los editores

9 DE NOVIEMBRE DE 1954

*Jean-Arthur Rimbaud*

Por su centenario

Señoras y señores:

Se dice que solo *honramos* al poeta cuando está muerto, cuando la tapa del sepulcro o el húmedo montón de tierra han establecido una separación definitiva entre él y nosotros, cuando, como se dice tan bella y meticulosamente en las necrológicas escritas por espíritus inferiores, ha entregado *su* espíritu. Entonces, así lo quiere Dios, hay alguna oficina pública que comienza a hojear su directorio, y el trabajo de la posteridad emprende su camino. Hay coronas y «tertulias», y se desarrolla un divertido intercambio entre bodegas y ministerio hasta que el expediente del poeta desaparece otra vez o se decide publicar su obra. Tienen lugar pompas y celebraciones, se descubren obras del difunto y se sacan a la luz —se «escenifica» al poeta—, casi siempre solo para disipar el aburrimiento, que es para lo que, al fin y al cabo, se cobra un sueldo. Y de esa forma (en nuestro país) ¿no ocurre que no se honra al poeta sino al jefe del departamento de cultura, a quien gestiona los poemas, al actor, al

recitador? Por ello, más de un Hölderlin o un Georg Trakl se revolverían en su tumba ante tanta cultura fabricada, injertada, ante tantas conversaciones sobre el mercado del arte de las que solo se desprende la falta de vergüenza.

Ahora se trata de recordar a Jean-Arthur Rimbaud. ¡Gracias a Dios era francés! De forma que creemos en la fuerza y el esplendor de la palabra poética, creemos en la continuidad de la vida del espíritu, en la indestructibilidad de las imágenes (las imágenes de los muertos y de las visiones), tal como surgen de los elementos que hay en las páginas de algunos grandes hombres, como solo ocurre una o dos veces en cada siglo. No nos engañemos: lo poderoso, excitante, conmovedor y tranquilizador, lo duradero... ¡no crece como la acedera en los prados del verano! Unos versos significativos que permitan al hombre mirar al abismo no surgen cada día, todos los años. Han de imprimirse siempre algunos millares de libros antes de que las máquinas hagan uno de sus esfuerzos elementales y nos den una obra importante de la literatura mundial, aunque solo sea una. Las obras de los que siempre echan las campanas al vuelo y que resuenan hasta en cervecerías llenas de borrachos, las de los poetas de revista y los fabricantes de artículos literarios de exportación, que a veces les reportan el premio Nobel, son en su mayoría solo tonterías engalanadas y productos de moda. Lo que importa en literatura es lo original, precisamente lo elemental, gente como Jean-Arthur Rimbaud.

El poeta de Francia era un auténtico elemento, sus versos eran de carne y sangre. Cien años no son nada para ese maestro de la palabra, el intraducible Rimbaud. Arrancó la

vida, sin miramientos, con sus raíces, la agarró con respeto y ansia de muerte a un tiempo. Su poesía acabó, a los veintitrés años cerró sus libros, su «Barco ebrio», su *Temporada en el infierno*. Nunca volvió a coger la pluma para escribir poesía, porque se había apoderado de él el asco de la literatura. Sin embargo, había acabado, ya bastaba. «*Absurde! Ridicule! Degoustant!*»... se defendía Rimbaud cuando se le hablaba con admiración de sus versos, tratando de recuperarlo para la literatura francesa.

Rimbaud nació el 20 de octubre de 1854 en Charleville. Su padre era oficial, su madre, una mujer como cualquier otra, preocupada por el bienestar de su hijo, pero desconfiada y retraída cuando él comienza a fermentar, cuando a los nueve años trae del colegio sus primeros versos, sus primeros «ensayos», sus visiones, sus primeros poemas, que figuraban entre los mejores de Francia. En julio de 1870 recibe un primer premio por unos magistrales versos latinos en los que elabora la «Alocución de Sancho Panza a su asno». Todavía durante sus estudios escribió para un periódico de las Ardenas, atacando a Napoleón y a Bismarck con idéntica violencia. Para ver y sufrir la pobreza del hombre se dirige a París, se hunde en el desierto y el temor humanos, y estrecha contra su pecho a los atormentados y desposeídos de los bulevares. En aquella época, al parecer, llevaba el cabello tan largo como las crines de un caballo y un transeúnte le ofreció cuatro cuartos para el peluquero, que él, «el poeta de Charleville», se gastó en tabaco. Luego es testigo de la Revolución en el cuartel de Babilonia, en medio de una espesa mezcla de razas y clases sociales, y exclama con

pasión: «¡Quiero ser obrero! ¡Luchar!»... Tras un combate de ocho días, las tropas gubernamentales toman por asalto la capital, y los revolucionarios presos, sus amigos y camaradas, se desangran. Él, que ha vivido la mayor conmoción de su vida, escapa de milagro. Pero no puede vivir ya en Charleville.

Rimbaud fue mártir y «social», pero nunca político. No tuvo nada que ver ni en común con la política, esa alienación del arte. Era todo un hombre y, como tal, lo conmovía la violencia del espíritu. En Charleville escribió su fogoso poema «El barco ebrio» —aunque nunca había visto el mar—, escribió «París se repuebla», la orgía, una acusación contra el tumor del odio, el poema de los vicios parisinos, todo en él era indignación, y, cuando caminaba a lo largo del río, «necesitaba horas para tranquilizarse». Tenía diecisiete años cuando escribió la maravillosa composición poética «Los pobres en la iglesia», «con corazón palpitante, muy cerca de esos niños sucios que no dejan de mirar a los ángeles de madera, presintiendo que detrás está Dios...». Rimbaud era comunista, sí, pero no quería incendiar los palacios de los Campos Elíseos, sino que era un comunista del espíritu, un comunista de su poesía y su vívida prosa. Cuando envió sus versos a Verlaine, el único poeta vivo de Francia al que admiraba, este le respondió con una frase que se ha hecho clásica: «*Venez, chère grande âme!*»... ¡Y qué asombrado se quedó el «Poeta de París», que entraba y salía como un dios en los salones cargados de humo cuando, en lugar de un hombre «respetable», encontró a la puerta de su casa a un chico andrajoso de diecisiete años.

¡Un chico que había escrito ya «Sensación», su gran poema ardiente! ¡Qué tiempos aquellos!

Con Verlaine comenzó para Rimbaud una nueva época, que fue profundamente amistosa y profundísimamente humana, y viajaron juntos a Inglaterra, para conocer Londres, el aire apestoso del mayor puerto del mundo, la Inglaterra central con sus fábricas negras, y fueron a Bruselas para —¡por cierto tiempo!— separarse. Verlaine tenía que volver «a casa» con su familia, a la que había abandonado un buen día, «sin consideración», como suele decirse. Qué distintos eran aquellos dos vagabundos que podían recorrer Europa sin pasaporte, sin nada: el fugitivo Rimbaud, que escapaba siempre, empujado hacia adelante por una nueva realidad monumental «cuya digestión ofrecía en su prosa», y el blando y totalmente prendado de él Verlaine, que tendía al catolicismo, la salvación, al que se deben los profundos poemas, las sagradas canciones de hombre tranquilo que aquel hombre abatido escribió en la prisión, tras haber disparado en una pelea contra su joven hermano de Charleville, hiriéndolo gravemente. Verlaine era para Rimbaud el gran poeta, pero blando y drogadicto. Rimbaud en cambio se había convertido para Verlaine en «la única riqueza en el mundo además de Jesucristo». No se entienda mal: Verlaine amaba la fuerza poética de su «hermano» y el rostro maravillosamente claro de Arthur, nada más.

No hay que arrastrar por las calles la vida de un poeta, pero la de Rimbaud es tan poderosa, tan grande, tan inescrutable y, sin embargo, tan religiosa como la de un santo.

Se alza ante nosotros como su poesía: ¡repulsiva, verdadera, hermosa y divina!

Fue en Alemania tutor en casa de un tal doctor Wagner de Stuttgart y recorrió Bélgica hasta Holanda. Se alistó en las tropas coloniales y, tras una travesía de siete semanas, llegó a Java. Pero consideraba el servicio militar con la misma escasa seriedad que en otro tiempo la idea de «hacerse misionero para ver mundo». Cuando desembarcó en las Indias Neerlandesas pareció haber llegado a su objetivo: ¡ser inalcanzable para la horrible civilización! Se largó, se fue a Batavia, vivió de prestado, se abrió paso por aquel nuevo país, vivió con animales y semicretinos y, en 1876, subió a un barco inglés para volver a casa. Por algún tiempo se sintió cansado. Cuando pasaban junto a la isla de Santa Elena, pidió que se detuvieran. Como no atendieron su deseo, saltó sencillamente al mar para nadar hasta tierra. A duras penas pudo ser izado otra vez a bordo el que había querido conocer sin falta el lugar donde vivió Napoleón. El 31 de diciembre estaba otra vez en Charleville.

Toda su vida fue un aventurero y viajó durante la mitad de su existencia. Se había apartado hacía tiempo de la literatura y no volvió a escribir.

«Ocho días me destrocé el calzado  
en las piedras del camino. A Charleroi llegado  
pedí en la Taberna Verde rebanadas  
de pan, manteca y jamón, semitempladas.

Feliz, estiré los pies bajo la mesa  
verde, contemplando con sorpresa

los dibujos del papel pintado. Fue estupendo cuando la chica de enormes tetas y ojos ardiendo

—¡sin duda no se asustaría de algún beso!—  
me trajo muy risueña pan y todo eso:  
el jamón tibio en un plato de color,

un jamón rosa y blanco, con olor  
a ajo... Y me llenó el jarro de cerveza  
que un sol tardío doraba con largueza.»

A partir de entonces disfrutó. Está otra vez en Marsella vendiendo llaveros, va a Egipto, vuelve a Francia y se embarca finalmente hacia Arabia, para comprar café y perfumes. En noviembre deja Arabia y llega a Zeila. En la primera mitad de diciembre, tras cabalgar veinte días por el desierto somalí, se encuentra en Harar, colonia inglesa. Allí se convierte en agente general de una empresa británica «con un sueldo de 330 francos, mantenimiento, gastos de viaje y una comisión del dos por ciento». Sin embargo, antes de dejar Adén, escribe a su madre pidiéndole libros científicos. Había tirado por la borda el arte y se ocupaba de otras cuestiones intelectuales, cualquiera que fuera su importancia, estudiando en lo sucesivo metalurgia, navegación, hidráulica, mineralogía, albañilería, carpintería, maquinaria agrícola, serrerías, minería, vidriería, alfarería y fundición metálica, pozos artesianos... Quiere asimilarlo todo, tiene más hambre que nunca, ¡incluso siendo agente general! La filial de Harar de la empresa comercial prospera

bajo la dirección del poeta Rimbaud. A él los negocios le van muy mal. En sus cartas escribe de dinero y oro que habría que buscar. Se impacienta de nuevo y quiere ir a Tonkín, a la India y al canal de Panamá. Y no hace más que negocios, quizá solo para aturdirse, comercia con café y armas que envía al mar Rojo, con algodón y fruta... Había regalado a Francia los poemas juveniles más bellos. Y, lleno de infelicidad, escribe: «Me aburro mucho, nunca he conocido a nadie que se aburriera tanto como yo».

En 1890, cuando pensaba casarse, sintió de pronto una especie de gota, un dolor físico que aquel hombre azotado por tempestades no conocía hasta entonces. Lejos de Francia, entre esclavos y negros, en el apestoso desierto. El final se acercaba a pasos de gigante. Él mismo escribió sobre su enfermedad: «El clima de Harar es frío y, por costumbre, no llevaba casi nada encima, unos sencillos pantalones de paño y una camisa de lana, y de esa forma daba a diario absurdas cabalgadas de 15 a 40 kilómetros por las escarpadas montañas del país. Creo que en la rodilla se me produjo una grave lesión, provocada por el cansancio, el calor y el frío. Realmente comencé a sentir un martilleo bajo la rótula izquierda: un golpeteo ligero que notaba a cada minuto... Iba por ahí y seguía trabajando con diligencia, más que nunca, porque creía que se trataba de un enfriamiento corriente...». El reconocimiento que le hizo el médico inglés del hospital de Adén reveló una inflamación avanzada y peligrosa de la articulación. Rimbaud decidió embarcar en un vapor que se dirigía al Mediterráneo.

En Marsella le amputan la pierna. La anciana madame Rimbaud está a su lado. «Soy un lisiado —escribe con de-

desesperación—, ¿para qué sirve un lisiado en este mundo? Prefiero la muerte, después de todo lo que he soportado ya...» Eso lo escribe tras unos sufrimientos de meses que lo hacen guardar cama. Tiene cáncer. El 23 de julio, como dice su hermana, se hace llevar a Roche, a casa de su familia, que se ha asentado allí. Confía en encontrar definitivamente sueño y tranquilidad. Es 1891. El trigo se había congelado cuando llegó a casa y, al ver la habitación que le habían preparado, exclamó: «¡Esto es Versalles!».

Luego siguieron los meses más horribles de su vida. En octubre se hacen perceptibles los primeros signos mortales. Una vez más quiere marcharse, con una pierna, a la India o, por lo menos, a Harar con los negros. Lo llevan a la estación y lo meten en el tren, pero en la siguiente estación tienen que sacarlo. Siente la más profunda desesperación que puede sentir un hombre. En el hospital de la Concepción se inscribe con el nombre de Jean Rimbaud. Luego solo importa ya la lucha entre la vida que él *quería* y la muerte. Tiene maravillosas visiones, vuelven sus *illuminations*, sus iluminaciones. En su agonía vuelve el poeta, de pronto está otra vez allí cuando, a los veintitrés años, se interrumpió, cuando se fue, cuando lo rechazaron desde todos los ángulos y lados como «barbarismo de la literatura», «debilitamiento del intelecto». Es otra vez poeta... aunque no escriba ya. Está otra vez ahí... nunca se fue, salvo a Harar, Egipto, Inglaterra y Java. Solo fue un rodeo, ahora vuelve a ver la poesía desde Charleville y lo sabe: ¡lo ha *logrado!* Se derrama sobre él un consuelo maravilloso. «Murió el 10 de noviembre, por la tarde, a las dos» —escribe su hermana Isa-

belle—. El párroco, conmovido por tanto temor de Dios, lo bendijo. «Nunca he visto una fe tan firme», declaró. Gracias a Isabelle, Rimbaud fue llevado a Charleville y enterrado, con gran boato, en el cementerio. Allí yace hoy junto a su hermana Vitalie, bajo un sencillo monumento de mármol.

La obra de Rimbaud ha sido siempre combatida por quienes no respetan la verdad y, sin embargo, comienza con el trabajo escolar felizmente revolucionario y absolutamente poético de un chico de nueve años: *El sol caldeaba aún...*, que conservó su maestro y amigo Izambard. Se cuenta entre lo más poderoso y original que se ha escrito en francés, incluidos los poemas de todos los grandes: Racine, Verlaine, Valéry, Gide y, últimamente, Claudel. Su poesía no es solo francesa sino europea, es poesía mundial, es sentencias y predicciones, sentimientos y delirios de increíble magia.

No hay que hablar demasiado de Rimbaud, hay que leerlo, dejar que haga su efecto en conjunto como un sueño de la tierra, hay que entrar en su mundo, como entraba él, con los zapatos sucios y el estómago hambriento, primero en la carretera de Mézières y luego en París, en la falta de soluciones. Como el propio Rimbaud, hay que mirar con *su* iglesia, no contemplar su obra sino vivir y sufrir con ella, sencillamente mirarla como mira una muchacha algo que revolotea en su camino.

«A las cuatro de la mañana, en verano, dura / aún el sueño de amor. / De los arbustos surge / el aroma de las flores en vano...» Algo así se dice pocas veces y nunca en un poema. Es un Rimbaud total, conmovedor, solitario y ca-

racterísticamente mundial. O bien «Ofelia», los dos poemas, que encierran el mundo entero y a Dios con él. En ellos se puede encontrar todo lo que falta en los poemas de hoy: belleza y veneración en el sentido más auténtico, y hay soledad y en ella un Dios uno y eterno, el gran padre, aunque lo quieran expulsar de los versos de Rimbaud. Para ser creyente no hay que tragar hostias, no hay que confesarse dos veces al año. Basta con que el hombre mire el rostro del mundo, profundice en su centro... como Rimbaud. Nunca se debe hacer mofa de la Iglesia, pero se puede calificar de malos a los malos sacerdotes y de infames a las monjas infames. Sin embargo, se debe también alabar el esplendor y la bondad de Dios, tal como hizo Rimbaud, con fuerza elemental, del principio al fin. Porque lo que hace su obra tan grande es una deformidad cerrada. Rimbaud fue sencillamente el primero que escribió como Rimbaud. Él y nadie entonces sabía que «*ello* no es nada, pero que ÉL es y que ÉL lo es siempre».

Es un «Shakespeare niño», y no solo porque lo dijera Víctor Hugo. Su «Barco ebrio», su sueño fantástico, es impercedero. ¿Dónde dejó la estética? Sin embargo, en los grandes montones de basura de la literatura, que mutuamente se devoran y en todo momento difunden su mal olor, lo irreal, cristalino, de un Rilke tardío le resultaba extraño. Era casto y animal a un tiempo, y de él surgían las reflexiones más bellas y sensibles. No escribía en papel de tina, sino en paquetes de queso apestosos... pero *precisamente* eso seguía siendo poesía. *Una temporada en el infierno* fue la única obra que publicó durante su vida. Verlaine

se ocupó, tras la muerte de Rimbaud, de una edición de sus obras completas.

La poesía no fue para él más que un «intento de liberación», una «válvula para su vitalidad desbordante», dijo de él más tarde Stefan Zweig. Sin embargo, en esas corrientes no se puede descargar una vitalidad desnuda. No la de Rimbaud, porque para él la poesía no era un refugio, sino su patria original. «La religión no lo hizo nunca caer de rodillas» escribió también Stefan Zweig (¡que lo admiraba profundamente!). Y, sin embargo, su literatura era una religión única, evidentemente universal, históricamente libre, independiente, sin refinar, que triunfaba en medio de la suciedad y los zapatos destrozados. ¡Y esa religión suya lo hizo también fracasar, lo hizo hincarse de rodillas!... De su *Temporada en el infierno* dependía su vida entera, de sus *Iluminaciones* el latido de su corazón... La riqueza de Harar no le sirvió de nada, todo el dinero no le sirvió de nada, todo, todo no le sirvió de nada, se desploma, aparentemente pequeño en los últimos tiempos, y por eso se *arrodilla* delirando e implora la última iluminación: ¡la del Padre eterno!

Solo quien implora al Padre eterno tiene esperanza de existir y puede decir, como dijo Rimbaud: ¡Yo seré siempre!